

Aristóteles

Retórica

Introducción, traducción y notas
de Alberto Bernabé



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1998
Segunda edición: 2014
Séptima reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción, traducción y notas: Alberto Bernabé, 1998
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1998, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-8620-2
Depósito legal: M. 2.969-2014
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción de Alberto Bernabé
- 9 I. Aristóteles y su obra
- 14 II. La Retórica
- 42 III. La presente traducción
- 44 IV. Bibliografía

Retórica

- 53 Libro I
- 155 Libro II
- 261 Libro III

Introducción

I. Aristóteles y su obra

1. Aristóteles

Resulta difícilísimo resumir en pocas líneas la gigantesca aportación que Aristóteles hace a la historia de la filosofía y de la cultura. Su interés se dirigió prácticamente a todos los campos del saber de su época, en los que produjo aportaciones de extraordinario peso. En su obra se condensa todo lo más granado que produjera la filosofía griega más antigua. A lo largo de siglos fue seguido y admirado, sirviendo de línea conductora de la filosofía medieval y renacentista. Del interés que aún despierta su obra da fe la inmensa bibliografía que año tras año se le dedica. Probablemente el mayor interés de la obra aristotélica no radica en el valor que puedan tener sus conclusiones en los temas que plantea, sino sobre todo en su actitud filosófica, que sigue sien-

do básicamente válida: un continuo esfuerzo por aunar los datos de la experiencia con los esquemas conceptuales, unido a una curiosa mezcla entre el afán de elaborar un sistema coherente y una actitud nada dogmática sobre sus propias afirmaciones (pese a que el dogmatismo a que fueron llevadas sus teorías por la filosofía medieval desvirtuó durante siglos esa actitud del filósofo, que ha tenido que ser redescubierta tras el acceso directo a sus propias obras).

La inagotable curiosidad con que se aproxima a todos los problemas suscitados en su época y la manera en que trata de aunar datos, teorías de sus predecesores y modos de pensar aceptados por la gente común, en una discusión integradora, siguen constituyendo aún un auténtico paradigma del quehacer del filósofo y del científico.

2. Vida de Aristóteles

Aristóteles nació en Estagira (Tracia), en 384 a. C., y murió en Cálcide, en Eubea, en 322 a. C. A los diecisiete años se fue a vivir a Atenas y siguió estudios en la Academia platónica hasta la muerte de Platón, en 347 a. C. Probablemente el abandono de la escuela y de Atenas se debió a que ya en aquella época sus opiniones se habían distanciado considerablemente de las de su maestro y de lo que podríamos llamar la «ortodoxia» de los demás discípulos. Pero pudo haber también otros motivos. La familia de Aristóteles mantenía buenas relaciones con la monarquía macedónica, y por aquellos años Filipo había saqueado Olinto, provocando una notable hostilidad en Atenas hacia los macedonios y sus simpatizantes.

Después de sendas estancias en Assos y Lesbos que el filósofo aprovechó para alimentar su insaciable curiosidad con diversas observaciones, recibió el encargo de ocuparse de la instrucción de Alejandro Magno en 343 a. C.

Por fin las condiciones políticas le permitieron regresar a Atenas, donde fundó el Liceo, lugar de encuentro de intelectuales y cultivadores de las disciplinas que configuraban el conjunto de los conocimientos de su tiempo. Una verdadera universidad de la época, que sería antecedente de la gran realidad cultural que constituiría años más tarde el Museo. En 323 a. C., muerto Alejandro, resurgieron en Atenas los resentimientos antimacedonios y Aristóteles se vio obligado a abandonar de nuevo la ciudad. Un año después murió en Cálcede.

3. Etapas de la obra de Aristóteles

En cuanto a sus objetivos y su configuración, los escritos de Aristóteles se pueden dividir en tres grandes grupos: el primero lo componen las obras de divulgación, escritas en forma de diálogo, como lo fueran las de su maestro, Platón, y dirigidas al gran público. El segundo son las colecciones de materiales y de memoranda, realizadas bajo la dirección y supervisión del Estagirita pero con intervención más o menos profunda de discípulos del Liceo. El tercero son los tratados científicos y filosóficos que configuran el *Corpus Aristotelicum* que nos ha llegado.

Ello quiere decir que, curiosamente, las obras de Aristóteles que conservamos completas eran exposiciones sis-

temáticas sobre los temas más diversos (lógica, física, ética, poética, psicología) que no estaban hechas para su difusión en lo que podríamos llamar, salvando los anacronismos, librerías de la época, sino que eran más bien una especie de «apuntes de clase», redactados por el maestro (a menudo reelaborados más de una vez en diferentes épocas), probablemente con destino a su uso interno en su escuela y que circulaban entre sus discípulos. Ello explica su estilo conciso y a menudo desmañado, y una redacción poco elaborada y alusiva en la que es mucho lo que se sobreentiende. En cambio, de las obras que escribió de forma más cuidada y literaria, con destino a su difusión, la mayoría en forma de diálogo, como los de su maestro, Platón, sólo nos han quedado miserables restos.

El análisis evolutivo de la producción aristotélica es un problema de difícilísima solución, fundamentalmente porque carecemos de datos externos sobre la datación de las obras, pero sobre todo porque para el filósofo, de acuerdo con las características que he reseñado al principio de este apartado, cada tratado era siempre una obra abierta, sometida continuamente a revisión aquí o allá, a reelaboraciones parciales, a nuevos desarrollos, razón por la cual las obras que nos han llegado son el resultado de años de reflexiones en diferentes épocas, de reconsideraciones y de nuevas redacciones. Son trabajos, por así decirlo, diacrónicos, que no obedecen a un momento concreto de su desarrollo y en los que quedan, como estratos, elementos de los diferentes períodos por los que pasó su redacción. La tarea de aislar el núcleo originario y separar las adiciones es tan dificultosa como indemostrables son sus resultados, dado que en muchos casos no hay razones de peso para determinar si

una parte concreta de una obra es originaria o añadida posteriormente. Por tal motivo, la datación de las obras del *Corpus Aristotelicum* resulta una labor casi imposible. Con todo, es posible trazar, al menos, las líneas maestras de este desarrollo, con ciertos visos de verosimilitud.

En uno de los más sólidos estudios dedicados a la obra del filósofo, Düring¹ presenta un panorama evolutivo de la producción aristotélica, en paralelo con las diversas etapas de su propia vida. Y así, señala como primera etapa la época que el filósofo pasó en la Academia platónica (367 a 347 a. C.), si bien marca tres períodos dentro de esa primera etapa: el primero de ellos llegaría hasta 360 a. C., y en él se situarían las obras *Acerca de las Ideas* y *Grilo*. El segundo se extendería hasta 355, y estaría presidido por sus escritos sobre lógica, el *Acerca de la Filosofía* y la primera redacción de la *Poética*. Es entonces también cuando el filósofo, a partir de sus lecturas y de los materiales que va recogiendo, va gestando lo más original de su filosofía. El tercer período de esta primera etapa, hasta 347, coincide con el despertar de su interés por la filosofía natural (que nunca fue precisamente del agrado de Platón). A esta época pertenecería la *Física*, *Acerca del Cielo*, el primer libro de las *Partes de los Animales* y el tratado *Sobre la Generación y la Corrupción*.

La segunda etapa (347 a 334 a. C.) coincide con los viajes del Estagirita por Assos, Lesbos y Macedonia y la fase de sus profundas observaciones sobre el mundo natural,

1. Düring, *Aristoteles. Darstellung und Interpretation seines Denkens*, Heidelberg 1966, trad. esp. de B. Navarro, *Aristóteles. Exposición e interpretación de su pensamiento*, México 1990.

que despiertan en él un gran interés por los aspectos empíricos de la ciencia. Un período de su vida dedicado a una activa recogida de materiales y a la realización de múltiples observaciones sobre las que luego habría de basar conclusiones más amplias y escritos de vuelo más teórico y sistemático. Esta actividad se refleja fundamentalmente en dos campos. El primero, el mundo natural. Es el momento de las primeras redacciones de las *Historias de los Animales*, *Partes de los Animales*, *Tratados breves de Historia Natural* y *Acerca del Alma*. El otro campo sobre el que ejerce sus observaciones es el de la política. Probablemente remonta a estas fechas la composición de los libros I y VII-VIII de la *Política* y las primeras recopilaciones de datos sobre las Constituciones de las ciudades griegas.

En la tercera etapa, que se extiende desde 334 a 322 y que coincide con su regreso a Atenas, se decide a reelaborar y completar obras que había esbozado o comenzado en su fase anterior. La edad le ha dado al filósofo una actitud menos fogosa y polémica, más cauta y mesurada ante los problemas, que le permite un acercamiento más objetivo y pausado a los diversos temas.

II. La Retórica

1. La Retórica antes de Aristóteles: los primeros tratadistas

La Retórica antigua surge de necesidades prácticas. Por un lado, porque nace en una sociedad como la griega, de carácter predominantemente oral, en la que la palabra

escrita tiene un papel muy reducido sobre el absoluto predominio de la palabra hablada². Por otro, porque va unida a sistemas políticos en que las decisiones sobre asuntos públicos o sobre litigios privados las toman grupos humanos amplios cuya opinión debe decantarse en un sentido o en otro, y se trata de resultar convincente si se quiere que triunfe una determinada propuesta. Como suele suceder, primero se desarrolla la oratoria, de un modo diríamos que espontáneo, y luego el estudio técnico del arte de hablar, esto es, la Retórica, de igual modo que la aparición de la poesía y la literatura precede siempre a la de los estudiosos y preceptistas.

La tradición hace de Sicilia la cuna de la oratoria y de la Retórica, y, como era de esperar, son las necesidades prácticas las que propician el nacimiento de esta arte. En la isla, a mediados del siglo V, tras una época de tiranos que habían producido grandes modificaciones de la propiedad y el intento de volver a la situación anterior, se multiplicaron los litigios sobre propiedades de tierras, que debían dirimirse ante amplios jurados populares. No extraña por ello que se produjeran también allí escritos técnicos destinados a la enseñanza de la disciplina. Y así tenemos noticias de sendos tratados, atribuidos a Córax y a Tisias en la 2.^a mitad del V a. C., ninguno de los cuales se nos ha conservado.

La situación óptima para el desarrollo del arte de la persuasión fue, sin embargo, Atenas, en el marco de su

2. Cf. G. Kennedy, *The Art of Persuasion in Greece*, Londres 1963, 4, A. López Eire, «Orígenes de la Oratoria», en A. López Eire y C. Schrader, *Los orígenes de la oratoria y la historiografía en la Grecia Clásica*, Zaragoza 1994, 11.

sistema democrático. Las decisiones políticas las tomaba la Asamblea, compuesta por la totalidad de los ciudadanos libres, en la que cualquiera podía intervenir para hacer, defender o rebatir propuestas. Las causas judiciales se dirimían ante un amplísimo jurado popular elegido por sorteo entre ciudadanos voluntarios sin ningún requisito previo. La inexistencia de jueces y políticos profesionales y la presencia general del pueblo en las instituciones hacían particularmente importante desarrollar las técnicas de persuasión, que en la Asamblea propiciaban que se llevara adelante una determinada propuesta y en los tribunales podían permitir salvarse del destierro o de la muerte. Téngase en cuenta que en el procedimiento judicial ateniense el acusado debía defenderse a sí mismo y el denunciante tenía que desempeñar el papel que hoy haría un fiscal o un abogado acusador. Y también que resultaba casi proverbial la afición de los atenienses a los pleitos.

En Atenas se produjeron también tratados de Retórica anteriores al de Aristóteles, aun cuando tampoco se nos ha conservado ninguno. Nuestra información sobre ellos es muy incompleta, ya que en gran medida deriva del propio Aristóteles, que tiende a considerar que los diferentes campos de la ciencia, la filosofía y el arte conocen un desarrollo evolutivo y progresivo desde sus orígenes hasta su culminación, lo que le lleva a estimar el trabajo de sus predecesores como algo incompleto, en estado de perfeccionamiento, cuando no ingenuo o simplemente errado. En el mejor de los casos, es la suya una visión parcial. Una fuente adicional (aunque tampoco demasiado objetiva) sobre la Retórica anterior a Aristóteles es Platón, sobre todo en Fedro 266-67.

Sabemos a través de ambos filósofos que estos primeros tratados de Retórica se ocupaban sólo de la retórica judicial, y que la preocupación de sus autores se centraba sobre todo en la división de las partes del discurso y en la forma de conmover al público.

En cuanto a las partes del discurso, estos tratadistas establecieron una división primaria que incluía las siguientes:

a) Proemio (*prooímion*), en que se trataba de llamar la atención de la audiencia y enfocar la cuestión.

b) Narración de los hechos (*diégēsis*), que debía orientarse naturalmente desde el punto de vista parcial del orador.

c) Pruebas (*písteis*), fase en la que lo más importante no era la presentación de lo que hoy denominaríamos auténticas «pruebas» (evidencias materiales y testigos), ante las que el público tendía a mostrarse desconfiado. En vez de eso se trataba de convencer a los demás de que las cosas no podrían haber sucedido de otro modo que de aquel en que las presentaba el orador, de acuerdo con la forma en que cada uno de los oyentes habría actuado. Es decir, se trataba de presentar qué secuencia de los hechos era la más lógica o esperable. Por ejemplo, si alguien era la persona que tenía más facilidades para robar algo y el robo se producía, el acusador intentaba convencer a los demás de que lo lógico era que quien tenía el robo más fácil era el autor más probable, mientras que el acusado intentaba demostrar que, precisamente por ser quien primero resultaría sospechoso, sería el último en atreverse a robar.

d) Conclusión (*epílogos*), en que se buscaba por todos los medios provocar sentimientos favorables u hostiles

de los jueces. El acusador intentaba provocar el odio contra el acusado, presentando sus aspectos más desagradables, y el acusado, a su vez, buscaba la complicidad o la benevolencia entre quienes habían de juzgarlo, para lo que recurría a toda clase de expedientes, como recordar los servicios prestados a la patria o incluso, como nos presenta por ejemplo Aristófanes en su divertidísima parodia de un juicio (*Avispas* 975 ss.), llevar ante la tribuna a la esposa y los hijos llorando para mover a compasión a los jueces.

El Estagirita es perfectamente consciente de los rasgos que distinguen su obra de la de quienes lo han precedido. Censura a los tratadistas antiguos porque se limitaban a acumular recetas del trabajo diario, cuando no la pura rutina. No había en ellos, según Aristóteles, conciencia de su propia actividad, de la que eran incapaces de dar siquiera una definición. Incluso se habían olvidado de importantes aspectos o campos de la Retórica, ya que sólo se centraban en la judicial, olvidando que existen otros tipos de discurso, como el deliberativo y el epidíctico.

En cuanto a los medios de que se valían los oradores para ganarse la voluntad de los jueces, resultaban a ojos de Aristóteles faltos de un carácter científico e incluso bastardos.

El Estagirita emprende otra forma de abordar la cuestión. Desde luego tiene que dedicar parte de su obra al análisis de las partes del discurso (III 13-19) y a la emoción (II 2-11), pero llega mucho más allá. Trata de señalar un método preciso, preguntándose primero por el objeto de esta arte y por las formas y la naturaleza del ra-

zonamiento retórico. En suma, es la configuración de una especie de lógica propia de la Retórica, la definición de los argumentos de probabilidad, la que le interesa en mayor medida. De este modo, aun reconociendo las limitaciones de la objetividad y el carácter científico de los argumentos retóricos, puede elaborar una *téchnē rhētoriké* sobre bases mucho más sólidas.

2. Posturas de Platón e Isócrates ante la Retórica

Platón sintió siempre un verdadero desprecio por la Retórica. Así se pone de manifiesto en el *Gorgias*, en el que, en un diálogo provocativo y a ratos tramposo, Sócrates trata de demostrar la inconsistencia de un arte que carece de un contenido propio (no es, desde luego, la justicia, ni tampoco la política) y que para él no tiene más entidad que otras habilidades que sirven para producir placer, como el arte culinario. Sus interlocutores son perfectamente idóneos para el caso: el propio Gorgias, un orador, cuya habilidad para defender lo indefendible le había granjeado una notabilísima fama y le procuraba pingües beneficios en clases y conferencias, pero que suscitaba sospechas entre los atenienses «bienpensantes» sobre la moralidad de tales proceder, y uno de sus discípulos, Polo, hombre mucho más mediocre, que es presa fácil de las astutas preguntas capciosas de Sócrates.

Frente al poco lucido papel que desempeña la Retórica convencional en el *Gorgias*, Platón propone en el *Fedro* otra Retórica de índole muy distinta: una Retórica ideal en que una persona virtuosa puede conducir a las almas

hacia la verdad a través de un conocimiento preciso de las técnicas de definición.

Aristóteles, como en tantos otros temas, vuelve del mundo ideal de su maestro, Platón, al real. Será éste precisamente uno de los terrenos en que se opone frontalmente a él, y ya desde muy pronto, cuando publicó su diálogo *Grilo* (hacia 360 a. C.). Lamentablemente el *Grilo*, como todos los diálogos de Aristóteles, se nos ha perdido, y los escasos fragmentos que de él nos quedan no nos permiten hacernos demasiada idea sobre su contenido. En la obra que ahora nos ocupa, el Estagirita reacciona contra el profundo desprecio que muestra Platón hacia la Retórica cotidiana y rechaza de plano la acusación de inmoralismo que su maestro había lanzado contra ella. La Retórica no es ni moral ni inmoral en sí, sino que es, como la dialéctica, un instrumento intelectual que puede aplicarse a diversos objetivos.

Algunos elementos del análisis platónico le han sido, sin embargo, de utilidad, como ciertas críticas a la oratoria sofística en el *Gorgias* o el postulado de la necesidad de basarse en algunos aspectos de la psicología, sugerido por Platón en la segunda parte del *Fedro*.

La pretensión de Aristóteles es dotar a las técnicas de persuasión de unas formas de razonar propias. Además del conocimiento de tales formas de razonar, se requiere un análisis psicológico de los diferentes tipos de oyente, ya que es éste un factor fundamental en la convicción.

Hay un último precedente de esta obra aristotélica que merece la pena reseñar. Se trata de Isócrates, conocido orador y maestro de Retórica. Incluso se ha dicho que el tratado que nos ocupa procede de cursos sobre el tema

que Aristóteles impartió en Atenas para contrarrestar la influencia de Isócrates, que enseñaba a sus discípulos una Retórica de corte sofístico, con poco interés en los argumentos lógicos y, por ello, poco «científica» a los ojos del Estagirita. También Isócrates trata de defenderse de la acusación platónica de inmoralismo, pero su respuesta es la búsqueda de temas de índole patriótica o «edificante». Mediante el recurso a grandes temas, sobre todo de carácter panhelénico, pretendía formar oradores que difundieran ideas virtuosas y cívicas. Sus discursos eran sin duda conocidos por Aristóteles, que los cita a menudo, aunque no comparte sus ideas básicas sobre la cuestión, especialmente porque Isócrates tiene un punto de vista más literario, que atiende especialmente a la elegancia de estilo y a los problemas de composición, mientras que el Estagirita, como es lógico, dada su formación y su personalidad, tiene un punto de partida más filosófico, centrado en un conocimiento profundo de las técnicas del razonamiento retórico y de las variables de carácter de los oyentes. Incluso parece probable que la defensa de Isócrates de sus enseñanzas en el discurso *Sobre el intercambio de bienes* se deba, en parte, a los ataques de Aristóteles.

En consecuencia, las técnicas de persuasión preconizadas por Aristóteles no inciden tanto en un análisis del discurso cuanto en la búsqueda de una serie de sistemas de persuadir a masas de personas, lo que las asimila extraordinariamente a las de la publicidad de hoy. No extraña por ello que muchos de los expertos del *marketing* moderno recomienden a los principiantes la lectura detenida de esta obra maestra de los métodos de conven-

cer (o, si se quiere, de demostrar que algo es probable) que es la *Retórica* aristotélica.

3. La *Retórica*, entre las obras de Aristóteles

¿Qué es, pues, la *Retórica*, tal como ha llegado a nosotros? Las valoraciones de los autores modernos han sido muy diversas. Por citar dos extremas, para Ross³, uno de los estudiosos ya clásicos de la obra del Estagirita, sería «una curiosa síntesis de crítica literaria y de lógica, de ética, de política y de jurisprudencia de segundo orden, mezcladas hábilmente por un hombre que conoce las debilidades del corazón humano y sabe cómo jugar con ellas», una valoración que quizá frivoliza un tanto la importancia de la obra. En el otro extremo tendríamos análisis que le confieren un valor profundo y trascendente, como el de Perelman y Olbrechts⁴, quienes valoran como de una extraordinaria modernidad lo que llaman «lógica de lo preferible» planteada por Aristóteles en esta obra. Quizá sea un buen punto de partida para nuestra valoración oír al propio filósofo. Parece que sus pretensiones son considerablemente modestas. Define la *Retórica* (cap. II) como «la facultad de considerar en cada caso lo que puede ser convincente», cuyo objeto «no se refiere a un género específico definido». Y llevado de su espíritu sistemático, trata de poner orden en estos procedimien-

3. W. D. Ross, *Aristoteles*, 1923 (*Aristóteles*, trad. de D. Pró, Buenos Aires, 1957, por la que citaremos), 382.

4. Ch. Perelman, L. Olbrechts, *Philosophie et rhétorique*, París 1952, 8 s.

tos de la persuasión y separar los que tendrían que ver con la Retórica y los que no. No era pues una ciencia literaria, como lo sería luego, una especie de preceptiva de los giros y tropos, sino una técnica puesta al servicio de intereses prácticos. Desde luego en gran medida se centra en los recursos lingüísticos, pero sólo en tanto que sirven a los intereses de la persuasión. Además de la lengua, su Retórica explora en otros campos, como por ejemplo en el de lo que podríamos llamar psicología de los grupos humanos.

No obstante la naturaleza del pensamiento aristotélico no permite que su obra se quede tan sólo en eso, en una serie ordenada de recetas para convencer. Su mente estructurada y sistemática sitúa la Retórica en un terreno colindante y a ratos compartido con la ética, la política y la dialéctica. La Retórica no debe estar al servicio del engaño. Desde luego su correcta utilización contribuirá no sólo a que determinadas propuestas triunfen en la Asamblea, sino a que las decisiones políticas sean más correctas, conseguidas tras un acertado análisis de la mejor de las posibilidades. Con la dialéctica tiene en común basarse en el razonamiento, aunque el razonamiento retórico sea un razonamiento de lo posible, un entimema⁵.

Por otra parte resulta extraordinaria su capacidad para catalogar, distinguir, definir y precisar los diferentes aspectos de cada uno de los temas que va tratando. Es ad-

5. Cf. Ch. L. Johnson, «An Aristotelian trilogy: Ethic, Rhetoric, Politics and the search for a moral Truth», *Phil. Rhet.* 13, 1980, 1-24; L. Arnhardt, «The rationality of political speech. An interpretation of *Ars Rhetorica*», *Interpretations* 9, 1981, 141-154.

mirable la forma en que agrupa fenómenos de parecida naturaleza, señalando sus analogías y diferencias, y la manera tan ajustada como ejemplifica cada uno, bien sea con textos literarios (siempre bien conocidos por el público), bien con anécdotas, bien con ejemplos preparados al efecto, bien echando mano del riquísimo acervo de datos concretos que se recababan en el entorno del filósofo sobre las más variadas cuestiones, bien en algún caso con algo que podríamos llamar un chiste, en el que descubrimos, además de su capacidad sistemática, el enorme sentido del humor del filósofo. En todo ello trata, como casi siempre, de ir de lo conocido a lo desconocido, encuadrando en categorías generales los conocimientos que sus oyentes-lectores tienen como resultado de la experiencia cotidiana. El paralelismo (a es semejante a b o se comporta de forma semejante a b), la polaridad (si a es cierto y b es su contrario, es que b es falso) y la analogía (lo que a es a b en el ámbito c , lo es d a e en el ámbito f , porque funcionan de una forma similar o proporcional). Asimismo remite en varias cuestiones a otras obras (fundamentalmente la *Política* y los tratados del *Organon*) en que trata con mayor amplitud cuestiones que aquí son tan sólo esbozadas.

4. La *Retórica* aristotélica: contenido y disposición de los temas

Pero pasemos a examinar el contenido de la obra. Comienza Aristóteles (I 1) por tratar de definir el ámbito de aplicación de la Retórica, y lo hace considerándola como

contrapartida de la dialéctica. Ni una ni otra son ciencias con un contenido propio, sino que ambas son un instrumento para tratar de otras cuestiones. Critica a sus antecesores, especialmente por no haberse percatado de la importancia del razonamiento retórico, del entimema, que se distingue del razonamiento científico (el silogismo) porque en el entimema se trabaja sobre premisas probables. Esta base científica le permite afirmar, contra Platón, que la Retórica es útil porque un razonamiento verdadero y justo prevalece sobre sus contrarios. Incluso el conocimiento de la forma en que puede sostenerse lo malo es útil para desenmascarar la falacia de quienes emplean razonamientos de este tipo.

En I 2 define la Retórica como «facultad de considerar en cada caso lo que puede ser convincente» y señala que carece de objeto definido. Deslinda qué tipo de argumentos pertenecen a la disciplina y cuáles no (confesiones, testigos, etc.), y distingue tres especies de argumentos procurados en el discurso: unos se refieren a la personalidad del orador, a la actitud que toma al hablar, que condiciona la impresión que deja en quien le oye. Un segundo tipo de medios se refieren al oyente, a quien hay que poner en una determinada actitud emocional, lo que obliga a tener algunas ideas generales sobre psicología de los diferentes tipos de oyentes y sobre los mecanismos de la emoción. El tercero se refiere a la exposición, que tendrá que presentar los hechos como verdaderos o como probables.

En términos de la moderna teoría de la comunicación «traduciríamos» estas consideraciones aristotélicas en el sentido de decir que una serie de cuestiones se refieren